

LA DESTRUCTORA
RUINAS Y CENIZAS

LA
DESTRUCTORA
RUTINAS Y CENIZAS
HAIMI SNOWN

ONYX
EDITORIAL

Primera edición.

La Destructora, ruinas y cenizas.

© 2019, Haimi Snown.

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Diseño de portada: Munyx Design.

© Maquetación y contraportada: Munyx Design.

© Ilustración del interior: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).

© Corrección: María Baz

ISBN: 978-84-949239-8-2

Depósito legal: DL T 162-2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

1

*Cuando enfermes, búscame;
cuando tengas miedo, abrázame;
cuando llores, te sonreiré.*

Carta de La Creadora

SASHA OCULTÓ LA CABEZA BAJO LA ALMOHADA. Para lograr una sordera temporal, se tapó los oídos con las palmas. No obstante, las palabras atravesaron la oscuridad, el tiempo la voluntad y los tejidos.

«¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!».

Tiró la almohada mascullando un juramento y procuró resolver el problema cantando. Su voz debería haber sido suficiente para alejar a todos los espíritus.

Mañana te daré flores...

«¡Ayúdame! ¡Ayúdame!».

Mañana, porque quiero...

«¡Ayúdame!».

Forcejó en la cama y cambió otra vez de postura. Ya que no funcionaba con los párpados cerrados, los abrió en un intento por salir de la pesadilla. El rostro de Anahy apareció en el techo como una proyección del maldito sueño. Bajo su mirada rencorosa, los escalofríos dominaron su cuerpo.

«He metido la pata».

Se levantó de un salto, renunciando a la idea de dormir. Había metido la pata hasta el fondo de los fondos. Lo jodido era que parte

de él se había escapado a ese agujero y no quería volver a la realidad, se negaba a aceptarla.

Se detuvo en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha con agua fría, permitiendo que las gotas le abofetearan el cuerpo mientras estudiaba las formas geométricas de los azulejos. Se dejó ir. Jamás había permitido de forma consciente que su núcleo se apagara si no era una situación de emergencia, pero ahora lo hizo.

Clic, los recuerdos se desvanecieron.

Clic, el sufrimiento se evaporó.

Clic, a la mierda con todo.

Bajó su temperatura corporal hasta que consiguió aquel estado semicomatoso en que incluso las neuronas se helaron lo suficiente para dejar de trabajar. Cogió una toalla y se rodeó la cintura, sin molestarse en secarse. Total, para quitar la película de hielo de su piel necesitaba algo más eficaz que una toalla.

No se miró en el espejo. Su imagen como wise era una que le había dado pesadillas años atrás. Incluso después de que se hubiese convencido de que mantenía el dominio de su núcleo y de que podía volver a encenderlo cuando quería, se despertaba sobresaltado por el miedo. No se reconocía como wise, y no por el pelo níveo, el blanco completo de los ojos o la piel agrietada. El frío era completo e infinito. Su mente no le pertenecía, sus emociones tampoco. La presencia oscura de su interior era tangible y poderosa.

Se movió como un autómatas hacia el salón con la idea de conectarse a una simulación de entrenamiento. Necesitaba el silencio, pero a la vez era peor que estar acompañado. Sin nada que hacer, los pensamientos lo atacaban como aves hambrientas con un pez solitario.

Matar wises con pulsar un botón no era lo mismo que hacerlo en vivo, pero engañaría al cerebro durante una hora. Pensó en un helado y descartó la idea. Por alguna razón había perdido el interés en... todo.

Estaba recorriendo el pasillo cuando la puerta de la entrada se abrió con violencia. Una corriente de aire helado le acarició la piel.

No se molestó en ocultar la mueca de desagrado que torció sus facciones cuando identificó al visitante.

—Madelyne, ¿teníamos una cita?

—¿Por qué apagaste tu núcleo?

Madelyne era una de las pocas personas que podían estar delante de un wise sin desmayarse o huir despavorida.

«Para poder aguantarte».

El pensamiento curvó los labios de Sasha, que se agrietaron. El sabor de la sangre le inundó la boca. Consideró si merecía la pena quedarse helado. En este estado podría fingir de modo creíble que amaba a Madelyne. No obstante, como le daba igual todo, se arriesgaba a concederle permisos por los cuales iba a arrepentirse más tarde. Volvió a encenderse, ofreciéndole a la mujer un espectáculo gratuito de cómo el hielo se convertía en agua, su piel cobraba color y desprendía vapor.

—¿Por qué no hacerlo si puedo?

—Te llamé veinte veces —le informó Madelyne, cerrando la puerta de un golpe—. Te saltaste tres convocatorias al Éter. Estás a punto de perder las ventajas otorgadas de nuestro contrato —dijo avanzando unos pasos.

Sasha se rascó la cabeza, preguntándose qué día era.

—Vaya, ¿tanto? —Le dio la espalda y se encaminó hacia la cocina—. Soy un chico malo, ¿qué esperabas?

Las botas de Madelyne golpearon el suelo detrás de él, mientras rebuscaba en la nevera con la esperanza de que el helado hiciera soportable el encuentro.

—¡No intentes joderme! —espetó ella.

—Ya quisieras —murmuró sin poder contenerse.

—Tenemos un trato.

Sasha se giró, decidido a plantarle cara. Por desgracia, el bote de helado y el hecho de que su traje era una toalla, ahora mojada, no lo ayudaban a proclamar su punto de vista. De todos modos, lo intentó.

—Quiero renegociar los términos —dijo, ofreciéndole una cuchara en señal de paz.

Las carcajadas secas de Madelyne le dieron la respuesta antes de que hablara, pero que ella aceptara el cubierto lo esperanzó.

—No estás en la posición necesaria para negociar.

—¿Cómo me quieres?

Las pecas que decoraban la nariz y los pómulos de Madelyne intensificaron el color al instante en que hizo la pregunta.

Sasha se sentó. Se inquietó al notar que Madelyne tenía el pelo suelto y no recogido en su usual cola de caballo amazónica, y que en vez de sus botas de combate llevaba unas normales. Ella se quitó la chaqueta, por lo que pudo notar otro cambio en el modelo y textura de su camiseta. Había venido preparada para él o tenía una cita normal con un nulo y con otras intenciones que patearle el culo. No se arriesgó a preguntar. Se tragó el comentario mordaz, absorbiendo cada palabra con el mismo entusiasmo que hubiera dedicado a comer un molusco vivo.

—Te quiero en tu puesto. A mis órdenes —le informó ella inclinándose. Puso las manos en el respaldo de la silla y le ofreció una vista impresionante de sus bíceps, casi tan duros como los de él.

—El trabajo se me hizo pesado —comentó Sasha, atacando el helado—. No me encuentro bien. Necesito un estimulante.

—¿Qué quieres? —inquirió Madelyne frunciendo la nariz con desagrado.

Él se dejó caer hacia atrás en la silla, abandonando el helado. No sentía el sabor y su frialdad le provocaba repulsión. Tiró la cuchara en la mesa y la miró, sopesando si era el momento adecuado.

—Quiero que me cedas el cuidado de Indra.

Madelyne se rio con auténtica alegría. Incluso se secó una lágrima imaginaria.

—¿Estás loco? —Sus ojos encontraron los de Sasha y dejaron de vagabundear por su cuerpo casi desnudo.

—Me conoces muy bien. —Le sonrió con dulzura—. No se lo digas a nadie.

Ella meneó la cabeza con lentitud, correspondiéndole a la sonrisa.

—Tienes veintidós años y la capacidad emocional de un niño con la edad de dos. Me pides demasiado. No te daré lo único que te hace respetar las reglas del Éter.

—Te di mucho. Cumpló mis contratos y lo sabes. Ella tiene la edad que me permite reclamarla, no puedes negármelo. —Exhaló hondo en un intento de calmarse. No iba a implorar—. No es que me la lleve a otro planeta. Solo quiero ofrecerle la oportunidad de continuar viviendo como un niño de su edad.

Madelyne torció el gesto ante su insistencia.

—Yo también te di mucho, no te olvides. No estamos en la misma posición.

—Dame a Indra y vamos a estarlo.

—Tú estás abajo y yo arriba —indicó ella, señalándolo con el índice.

Sasha pilló el doble sentido y que no se refería a que él estaba sentado y ella, de pie. Pero estaba dispuesto a hacerla creer que tenía el mando con el fin de lograr sus propósitos.

—Acabo de darte un cóctel. ¿Qué más quieres? —soltó, bajando la cabeza ante la posibilidad de que la punzada de dolor que atravesó su pecho llegara a notarse en sus ojos.

—Me alegra que abrieras el tema, porque tengo unas preguntas.

El tono usado fue un aviso y la sonrisa de suficiencia de Madelyne le confirmó dónde quería llegar.

—Guárdatelas —la cortó con la esperanza de obtener unos minutos más. Unos días, años, o... hasta nunca. Tenía muchas explicaciones por dar, ninguna creíble, y pensaba quedárselas aunque intentaran arrancárselas a base de cirugía—. ¿Recuerdas que me debías un favor? ¿Unas horas insubordinado? Considera que me los tomé aquella noche.

—Esta no es una negociación si no pones nada de tu parte —replicó Madelyne. El estallido de sus ojos le avisó de que se hallaba en un terreno peligroso—. Vamos a pensar, hipotéticamente, que me guardara las preguntas, que aún estoy pensando en cómo explicarle a Zariah el asunto de los diez wise muertos en condiciones sospechosas aquella noche, pero incluso así, tengo una cuestión pendiente. Una de máxima importancia. —Hizo una pausa teatral para indicarle lo primordial que era escucharla—. La cóctel que entregaste no despierta.

Sonó como si lo hubiera inculpado.

Sasha cruzó los brazos, consciente de que, si no lo hacía, le saltaba a la garganta. Se forzó a relajar el maxilar, haciendo acopio de todos los argumentos a favor de su decisión.

—¿Y cómo es que es mi problema? ¿No tienes un equipo de especialistas? Por lo que sé, tus métodos nunca fallan.

Esperaba que lo tomara como un cumplido y no como el insulto que había pensado.

Los labios de Madelyne se fruncieron en un rictus desagradable.

—Los médicos hicieron su trabajo. Recibió el tratamiento, la energía en su sistema está controlada y en niveles normales. Pero sigue sin despertar. Se discute la posibilidad de que hayas intervenido a un nivel molecular desconocido para nosotros —volvió a culparlo.

—Me siento halagado por tu fe en mis capacidades. Pero no, no intervine a ningún nivel. Te la ofrecí en el territorio que corresponde al Corazón. Si lo hubiera hecho habría quedado mi huella energética.

—Puede que hayas aprendido a borrar la huella.

Vaya, estaban teniendo una discusión civilizada, entendió Sasha. Ella sabía que no debería mosquearlo y él tenía claro que le iba mejor no intentar sacarla de sus muy estrechas casillas. Estaban bailando la misma canción y debía tener cuidado para no perder el ritmo.

Se evaluaron con las miradas, ambos en el punto de equilibrio que hacía de frontera entre sus personalidades incompatibles.

—Si consigo que la cóctel despierte... —se detuvo con la intención de crear el efecto de suspense que necesitaba para tenerla dispuesta a escucharlo. Y porque el apelativo usado a la vez que la imagen de Anahy aparecía en su cabeza empezaba a darle náuseas—, ¿me darás a Indra?

Madelyne no se negó al instante, sin embargo, lo miró durante un tiempo tan largo que se le hizo difícil quedarse quieto y fingir indiferencia. Ella entrecerró los párpados, buscando en el rostro de Sasha señales de engaño.

—Vale —dijo, soltando un suspiro que, de modo curioso, a él le sonó cansado—. Tenemos un nuevo trato. —Le tendió la mano, for-

zándolo a aceptar su toque—. Tienes tres días —le informó mientras se alejaba.

¿Tres días?

Sasha se sorprendió tanto que no la siguió. El ruido de la puerta cerrándose lo forzó a reaccionar. Soltó una exhalación y se frotó el puente de la nariz.

¿Cómo se suponía que despertaría a Anahy en tres días si ellos no lo habían logrado en diez? ¿Qué sabía él de estados comatosos? Y, lo más importante, ¿con qué cara iba a volver a verla? ¿Con la de ergy? ¿Con la de wise? ¿Con la de amigo o con la de traidor?



2

SASHA ABANDONÓ EL COCHE ANTE LA CASA DE ANAHY. Mientras subía los escalones, pensó que lo poco que sabía de ella eran rasgos de personalidad: era fuerte, impulsiva, cabezota. El pensamiento de que se parecía a él hizo que sus labios esbozaran el fantasma de una sonrisa. Era una dragona que masticaría sus huesos en cuanto despertase. Esa última reflexión hizo que la sonrisa se desvaneciera.

Había venido en busca de información que le ayudara a conocerla mejor. No creía que Anahy hubiese dejado pistas sobre sus inseguridades, miedos, esperanzas, el tipo de detalles que necesitaba para ajustar su perfil psicológico, pero hallarse entre sus pertenencias le ayudaba a prepararse para ir a verla.

Abrió la puerta con seguridad, como si fuera su casa, pero se detuvo en seco al ver a la mujer. Supo quién era antes de que ella se percatara de su presencia. Advirtió cómo las expresiones en su rostro cambiaban del susto inicial al entendimiento.

Se evaluaron con las miradas, ninguna acobardada. Sasha reconoció en ella un parecido con Anahy en el color del pelo, la forma de las cejas, y entendió que la había ayudado en la mentira.

—¿Dónde está? —preguntó Cadence con voz calmada.

—No deberías haber venido. —Sasha cerró la puerta detrás de sí y avanzó unos pasos.

Ella hizo el mismo intento fallido de alzar una ceja cómo lo hacía Anahy. En realidad, solo consiguió que levantara la línea del crecimiento del pelo.

—¿No debería haber venido cuando mi hija está desaparecida?

—Anahy no puede ser su hija —la enfrentó sin tapujos.

Cadence se llevó la mano al pecho y su expresión cambió por un instante. Dolor y tristeza atravesaron su mirada, pero continuó con la cabeza en alto.

—¿Te lo dijo?

Sasha se dejó caer en el sofá, sin invitarla a acompañarle. Ella se sentó en una silla con movimientos cuidadosos, como si tuviera dolores en los músculos.

—No contaba mucho sobre su familia.

—¿Contaba? —lo interrumpió ella, reparando en el pasado.

—Está bien —la tranquilizó Sasha—. Siempre hablaba de ti, pero la madre de un cóctel no sobrevive al embarazo. Supuse que había una historia sobre su familia.

—Llámame Cadence —le invitó ella, sonriendo sin humor.

Sasha asintió, antes de preguntar:

—¿Qué ha sido de sus padres?

Cadence empezó a jugar con un colgante que le adornaba el cuello. Porque miraba sus gestos, fue capaz de averiguar un rastro de energía, lo más probable una huella dejada por Anahy.

—Su madre fue mi hermana. —Se detuvo, considerando sus palabras—. Tenía una relación hermosa con su novio, el ergy padre de Anahy. Conocía los riesgos del embarazo, pero pasó y nada se pudo hacer. Sobrevivió un día después del parto. —Se detuvo de nuevo y lo miró, una mirada estudiada—. Él trabajaba en el sector militar, viajaba mucho. Se comunicó con mi hermana justo antes de que ella diera la luz. Le aseguraba que llegaría a tiempo para ver a su bebé, pero jamás regresó.

—Anahy no se ha entrenado. No sabe controlar su núcleo, tampoco usar su energía —le reprochó Sasha.

Cadence encogió los hombros.

—¿Qué podría hacer? No es ergy, no es nula. La primera vez que su núcleo se detonó tenía tres años. Jugaba en el jardín. Redujo a cenizas la mitad de nuestra casa y otra mitad de la de nuestros vecinos, más un buen trozo de la calle. Las autoridades aparecieron antes de que pudiera pensar en una explicación. Me declaré culpable por un accidente. Hui antes del juicio. —Cadence suspiró. Su voz no tuvo fuerza cuando continuó—: Me obligaron a firmar un documento, era responsable de los daños materiales y las pérdidas de vidas. ¡Había muerto un perro! —espetó, con los ojos ardiendo—. Pero para pagar los costes hubiera necesitado trabajar diez vidas. Nos fuimos. Cambiamos de sitio varias veces.

Alzó el mentón y Sasha entendió que no estaba dispuesta a continuar con las confidencias.

—¿Las responsables de la investigación eran las autoridades nulas? —preguntó él, suponiendo que no habían tenido en cuenta la posibilidad de que el accidente tuviera que ver con un núcleo energético.

—Siempre hemos vivido entre nulos —Cadence se lo confirmó y después atacó, aunque con voz rota—: ¿Dónde está Anahy? Suponiendo que sigue con vida.

Sasha se frotó la frente, especulando sobre cuánto podría contarle.

—Está bien —repitió, suspirando mientras pensaba que había sido un error grave olvidarse de que la mujer podría presentarse en la isla. El comunicador de Anahy se había perdido aquella noche y el asunto no había cabido en su mente preocupada por su trasero y el de ella—. No deberías haber venido.

—Pues estoy aquí y no pienso moverme hasta que no la vea —le comunicó Cadence poniendo los brazos en jarras.

Sasha sonrió al reconocer el gesto obstinado de Anahy. El parecido físico era impresionante y los rasgos de carácter casi iguales. Poco faltaba para que se convirtiera en un caso claro de enamoramiento por sustitución.

—No puedes verla. Me temo que no sé cuándo será posible. Los

ergys enfermamos —empezó, entendiendo que no se salvaría de contarle la verdad.

Una variante concisa. Olvidó con intención detalles que no eran del interés de Cadence y que solo la harían sospechar. Cuando acabó, ella se quedó en silencio, estudiando sus manos.

—Así que intenté protegerla para nada —susurró—. No debería haberle permitido que viniera.

—*Hay lugares a los que llegas aunque todos los caminos estén cerrados* —Sasha recitó un párrafo que vino a su mente desde un lugar lejano.

—La Carta de La Creadora —asintió Cadence—. ¿Eres creyente?

Sasha negó con un gesto vehemente. La imagen de su madre sentada en el porche y leyendo para él se quedó unos momentos más ante su vista. No recordaba casi nada de aquellos tiempos, tampoco era practicante de la religión, no sabía cómo había recordado la frase.

—No. Mira, Anahy eligió el peor lugar para estudiar. Estaba perdida desde el momento en el que puso un pie en esta isla. Hicimos todo lo posible para evitarlo, pero al final pasó.

—¿Para estudiar? —se extrañó Cadence—. Ella vino con la intención de buscar a su padre. Continuar sus enseñanzas fue algo en que yo insistí.

—No me contó nada sobre eso —reconoció Sasha.

—Anahy recibió en su comunicador una imagen de su padre. Era él, no pude negárselo cuando decidió que quería conocerlo, y era de este lugar. La forcé a que siguiera estudiando, más que nada porque no creía que fuera a tener éxito en su búsqueda.

Sasha se frotó los ojos, considerando la información. Ahora entendía más de la testarudez de Anahy, de su negativa de abandonar la isla. El vacío de su interior se extendió hasta alcanzar los límites del universo porque ella no había confiado en él tanto como para contárselo o pedirle ayuda.

—Ningún ergy abandona a su familia. Lo más probable es que haya enfermado. —Sasha dejó que el resto de su opinión se entendiera sin palabras específicas, pero Cadence insistió.

—¿Crees que está muerto?

—Muerto o enfermo. Mientras respire, un ergy no renuncia a sus hijos.

—La imagen era de él —aseguró ella—. Puede que haya vivido o trabajado aquí hace tiempo. He permitido que ella misma se conzenga de ello. Tenía que hacerlo o iba a perderla, lo hubiese intentado por sí misma.

—¿Quién se la envió? —se interesó Sasha.

—No lo sé. Era un número oculto.

—¿Y no te pareció extraño?

—Para entenderlo, deberías haber vivido con nosotras. Hemos cambiado de locación y de número de comunicador cientos de veces. También usamos número oculto al llamar. Conocemos gente que prefiere mantenerse en las sombras. Que no identifique al que la envió no significa que haya sido con mala intención.

—¿Tienes la imagen? ¿Puedo verla?

Cadence no le contestó al instante. Se mordió los labios y por la mirada vidriosa Sasha entendió que viajaba al pasado. Al final ella se levantó y fue a buscar en su bolso. Vaciló de nuevo antes de ofrecerle su comunicador.

Sasha necesitó un segundo para reconocer al hombre que aparecía delante de las puertas de la universidad y cuando lo hizo, se le heló la sangre.

—¿Lo conoces? —preguntó Cadence, interpretando de modo correcto su semblante.

Él asintió.

—Es el director principal de los Éteres. Zariah Bronk.

—No. —Cadence agitó la cabeza con los ojos nadando en lágrimas—. Es el padre de Anahy. Se llama Carim Vabilo. El que tú conoces debe ser un familiar suyo. ¿Puedes ponerte en contacto con él? A lo mejor puede ayudar a Anahy.

—Lo siento, es imposible. Lo he visto solo un par de veces, viaja entre todos los Éteres. Si se ofrece la oportunidad, sí, pero... —Sasha se detuvo, rememorando lo que sabía de Zariah. Era un ser temible, un ergy poderoso pero más glacial que un wise. Les trataba como

si no pertenecieran a la misma raza. Estaba tan decidido en hallar la cura del virus que no le importaban los métodos que usaban, era el que los aprobaba. Aunque fuera familiar del padre de Anahy, si ella podía ayudar a curarlos, no dudaría en usarla—. No creo que debamos esperanzarnos.

Mientras rozaba la pantalla con su dedo, Sasha se aferró a una idea que apareció de la nada.

—Cadence —dijo, ofreciéndole el comunicador—. ¿Puedes apagarlo, volver a encenderlo y enseñarme la imagen de nuevo?

—¿Por qué? Acabas de verla.

—Hazme caso —le pidió.

Jamás había tenido tics nerviosos. Estaba entrenado para mantenerse quieto en una situación tensa, pero mientras esperó a que Cadence finalizara, sus dedos no paraban de golpear unas teclas invisibles en su pierna.

«Ojalá no tenga razón», suplicó una y otra vez. Cuando había cogido el comunicador de Cadence le había entregado su huella energética, por lo que era posible que la imagen fuera sustituida conforme con sus propios recuerdos. Si la fotografía estaba manipulada, lo sabría en cuanto la viera después de que el aparato se reiniciara y borrara su marca.

—Mira —dijo ella, manteniendo el comunicador en el aire, delante de él.

Sasha cerró los ojos antes de abrirlos. Su aliento se atascó durante unos segundos. Lo soltó con suavidad para que la madre de Anahy no se percatara de lo preocupado que estaba. El hombre de la pantalla ya no guardaba ningún parecido con Zariah. Sus facciones eran menos afiladas, el pelo más largo, los labios más llenos.

—Puedo hacer algo, intentar pasar la imagen por un programa de reconocimiento. Podré decirte si tiene algo que ver con Zariah.

—Me ayudaría, gracias —aceptó Cadence. Después de hacerlo, regresó a la conversación original—. ¿Es verdad que Anahy puede curaros? ¿Qué pasará? ¿Cómo la tratarán?

«Miente. Lo haces tan bien. Un día vas a creerte».

—Bien, la tratarán bien. Es importante, no querrán perderla —

dijo, esforzándose para no interrumpir el contacto visual—. Solo que no vais a poder comunicarnos. No pronto. Es mejor si te quedas en las sombras.

—En las sombras.

—Sería mejor —insistió Sasha—. No puedes... La tienen a ella, no dejes que te atrapen a ti también. —Se levantó mirando alrededor, desilusionado porque la presencia de Cadence le impedía husmear por el sitio y sentir la esencia de Anahy.

La mujer lo miró un largo rato como si deseara que él le ofreciera más respuestas. Por desgracia, no las tenía.

—Esperaré —dijo ella, incorporándose—. Y voy a mantener un ojo puesto en ti.

Sasha meneó la cabeza, sus labios se curvaron en una sonrisa auténtica después de mucho tiempo. Le había extrañado que Cadence se hubiera fiado de él a primera vista, sin conocerlo en absoluto.

«Ponte a la cola», pensó. Un par de ojos más que lo vigilaran no significaban nada en una lista tan larga.

Decidió darle el mismo consejo que a su hija, esperando que tuviera más madurez y le hiciera caso. No era que pudiera añadirla a su club especial «dependemos de Sasha» y, en honor a la verdad, su historial no relucía por grandes logros precisamente.

—Mantén tus ojos bien abiertos, pero para cuidarte a ti misma.

Supo que se mentía en el momento en que soltó las palabras. Quisiera o no, Cadence era una carga. Quisiera o no, era directamente responsable de su vida.

Al igual que la de su hija.

Regresó a casa en busca del silencio y para pensar qué hacer con la nueva información. Sabía quién era el que había llamado a Anahy en la isla, pero no entendía por qué la había dejado libre tanto tiempo.

Estaba ensimismado cuando abrió la puerta, pero sus sentidos se pusieron en alerta al notar el cambio.

La sintió antes de verla.

El aire frío que la acompañaba, la fragancia del invierno combinada con la más dulce, que le pertenecía a ella. Ojeó el exterior y aseguró la puerta con el cerrojo.

—¿Calixta? —llamó en un susurro, a pesar de saber que no podía equivocarse.

La joven apareció sonriendo en el hueco de la puerta del salón.

—¿Estás loca? ¿Qué haces...? —La amonestación murió en sus labios cuando ella se abalanzó con velocidad hacia él y tuvo que bajar la temperatura de su cuerpo para que sus núcleos no entraran en conflicto.

La rodeó con los brazos, inhalando con avidez su perfume, pero no se permitió hacerlo más de unos momentos. La alejó frunciendo el ceño.

—¿Has perdido la razón? ¿Qué haces aquí? ¿Brais lo sabe? ¿Cómo te dejó venir? Demonios, Calixta, sabes que la enfermedad te hace actuar de modo...

—No te preocupes, no corro peligro. —Ella hizo un mohín y volvió a agarrarse de su cuello. Después de liberarlo, le explicó—: Madelyne acaba de abandonar la isla y sus «perros» no tienen motivos para husmearme.

Sasha se adentró en el salón y aseguró las ventanas.

—No te creas que estás a salvo. No pude darle ninguna explicación sobre aquella noche y sospecha de mí. Seguro que me vigila.

—Sería idiota no hacerlo —refunfuñó Calixta. ¿Cómo está Anahy?

—No lo sé.

La joven wise alzó las cejas pidiendo aclaraciones y él dudó un instante antes de decidir contarle la verdad. No tenía con quién hablar, no sabía a quién confiarle sus pensamientos.

—Ha pasado algo entre nosotros...

—Me lo imaginaba —Calixta lo interrumpió en tono de reproche. Cruzó los brazos, regañándolo con la mirada—. Os vi.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Una noche. En el castillo de hielo.

—Respondes a algunas de mis preguntas —murmuró Sasha—. Pero no me refería a eso. —Sonrió culpable y se aclaró la garganta—. Bueno, no en totalidad. Parece que hemos conseguido una especie de línea mental. Hablamos por telepatía.

—¿Eh?

Sasha se rio por su expresión incrédula.

—No lo hicimos muchas veces —le explicó—, pero lo suficiente para saber que es real. Aún no estoy seguro de cómo funciona, si es por mí o por ella, pero creo que hemos logrado aumentar los impulsos eléctricos de nuestros núcleos lo suficiente como para poder comunicarnos. En fin, tengo que ir a verla y espero probarlo.

—¿Qué piensas decirle?

Sasha torció el gesto y se repitió.

—No lo sé.

Calixta agitó la cabeza.

—No concibo que no la hayas alcanzado. Cuando Brais me lo contó pensé que me mentía.

No hizo falta que Sasha insistiera con una explicación, Calixta estaba demasiado agitada y la encontró por sí misma, incluso lo ayudó a entender algo.

—Antes de que atacaran los wises, Anahy llegó a decirme que abandonaba la isla y que me necesitaba para esto. Creo que tomaron demasiado de ella hasta que apareciste. ¿Está enferma? —inquirió con preocupación en su voz—. Pocas veces he visto a alguien tan desesperado como ella. ¿Por qué huyó tan agitada?

Porque la decepcioné. Porque le mentí. Porque la usé para recordarme qué es vivir y para olvidarte a ti. Porque se dio cuenta de todo eso, perdió la fe y la ilusión.

—Entonces pensaba utilizarte para abandonar la isla —dijo Sasha.

—¿Cómo?

—Permitiendo que te alimentaras de ella hasta el nivel en que los escáneres no pudieran leer su núcleo.

—Es demasiado arriesgado.

—Lo era, sí —reconoció Sasha—. Pero ahora ya no importa. Está en el Éter y no consiguen despertarla. Hice un trato con Madelyne, intentar hacerlo yo.

—¿Otro? Sasha, ¿en qué te metes? ¿Cuántos tratos tienes con ella? —Calixta vociferó y él alzó la mano, pidiéndole paciencia.

—Algunos, y Madelyne los respeta. Este no es nada complicado, quiero el cuidado de Indra.

—Cumplirá los siete, ¿verdad?

Sasha asintió, pero Calixta volvió a sermonearlo.

—Aún es una niña. ¿Qué sabes tú de cómo se cría un niño? ¿Cuándo vas a tranquilizarte? ¿Por qué te metes en...?

—No es una niña cualquiera. ¡Es mi hija! —espetó—. Tú te fugaste del Éter para salvar al tuyo.

Era lo único bueno del oscuro mundo del Éter. Los ergys podían, si deseaban, acoger a sus hijos cuando cumplían siete años. Jamás serían completamente libres, pero intentar formar una familia los animaba.

—No es lo mismo —Calixta le habló con suavidad.

—¿No es lo mismo porque Indra nació en un tubo estéril y porque no tengo idea de quién es su madre? No importa y tampoco importaría si no fuera mi sangre. Pero lo es y haré todo lo que esté en mi poder para sacarla de allí. ¡Incluido vender mi alma a todos los demonios de todos los planos existenciales!

Calixta inhaló profundamente y bajó la voz.

—¿Se lo contaste? ¿Indra lo sabe?

Sasha negó, cabizbajo.

—Faltaría más. Basta con que lo sepa yo y que Madelyne tira de la soga de mi cuello cada vez que me lo arroja en la cara. No puedo decírselo hasta que no esté fuera.

—Aun así...

Sasha detuvo su intento.

—No puedo dejarla allí. ¿Cuánto falta hasta que vayan a querer cruzar su ADN con el de otro ergy especial o con el de un wise? Yo no soy la cura, ella tampoco o los que se parecen a nosotros. No detendrán los experimentos.

—No se llegará a eso.

—¡Ya se llegó! Cada vez van más lejos.

—Entonces demos gracias a que Madelyne estableció esa edad para liberar a los pequeños. ¿Sabías que fue su idea? Brais sospecha que la eligió porque ella tenía siete años cuando un maestro notó lo perspicaz que era y la propuso para un programa de nulos con inteligencia superior. Se escapó así de un padre ausente y un hermano tirano mucho mayor.

—¿Cómo lo sabes?

—Brais logró abrir su expediente una vez. Tiene copias de su archivo.

—Chico listo. —Sasha sonrió—. ¿Ahora me lo cuentas? ¿Hay algo que pueda servirnos?

—Si piensas en chantajearla...

—No. No sería mejor que ella si lo hiciera. Y si su expediente es tan completo significa que Eridanus mismo la aceptó. Pensaba en buscar a alguien de su familia...

Calixta negó antes de que finalizara la idea.

—Llegó al Éter porque no tiene familia, como todos nosotros. Su padre desapareció poco después de que ella entrara en el programa y su hermano murió en condiciones sospechosas cuando ella tenía once años.

—¡Qué casualidad! No me sirve. Un contrato más o menos da lo mismo. Si yo cumplo mi parte ella cumple la suya, basta con eso.

—Supongo que no tengo derecho a entrometerme. Pero creo que deberías tener esperanza. Puede que ya hayamos encontrado la cura. ¿Es verdad lo de Cold?

—No. —Sasha meneó la cabeza, averiguando dónde quería llegar—. Es verdad lo de Cold, pero eso no demuestra nada.

—Quiero probarlo. Si Anahy puede hacerlo, me ofrezco voluntaria. No puedo seguir así. No me quedan fuerzas para luchar contra el hambre. No puedo continuar viviendo con el miedo de que mate a mi pareja, estallando furiosa delante de mi hijo. Es una oportunidad y quiero aprovecharla —Calixta confesó sus esperanzas.

—¡Para ya! Existe la posibilidad de que fuera un accidente o que hubieran intervenido causas desconocidas. ¡Hay tanto que puede salir mal! Espera a ver cómo salen los resultados de los exámenes. Y, de todos modos, Anahy está en el Éter. Si no piensas volver allí, no veo cómo podrías probarlo.

Calixta se sentó en el sofá y cerró los ojos un momento antes de hablar.

—Algo va a cambiar.

—Ojalá. Yo he dejado de creerlo hace mucho.

—La Creadora no permitirá que suframos tanto.

—Te pareces a Ausa. —Sasha torció el gesto—. No voy a tener en cuenta nada de lo que esté relacionado con nuestra Madre. No puede seguir maquinando desde su tumba.

Calixta no le permitió continuar.

—Si tú no eres creyente no significa que no sea posible. Deja de ser cabezota y considéralo por un momento. Anahy hizo algo que nadie más pudo hacer. Necesito creer que puede ser verdad, Sasha. Quiero volver a ser lo que he sido.

Él resopló, entendiendo que no podía hacerla entrar en razón. Vio la decisión en su rostro, así como la esperanza que iluminaba su mirada. La entendía y suponía que, si se encontrase en su situación, pensaría igual. De todos modos, no podía interferir en su vida, no más de lo que lo había hecho.

—Deberías hablar con el rey. Hasta ahora, era el único que podía entrar en mentes ajenas.

Él rio sin humor.

—Lo haré, pero no te ilusiones. Eridanus me ayuda solo cuando a la vez se ayuda a sí mismo.

—Inténtalo —le pidió Calixta. La excitación anterior se desvaneció y el cansancio ensombreció su rostro. Lo miró y se acercó con pasos pequeños.

Sasha abrió los brazos y le rodeó los hombros.

—¿Cómo está Lreky? —hizo la pregunta en un murmullo, con la barbilla en su coronilla.

La wise se retiró y le sonrió.

—Está bien. Ha crecido mucho, empezó a manifestar habilidades y es un diablillo. Se parece mucho a ti de pequeño. —Borró su sonrisa—. Me entiendes, ¿verdad?

Sasha asintió en silencio, ya que el nudo que se había instalado en su garganta le impedía hablar. Le dio la espalda antes de que Calixta se marchara. Escuchó sus pasos alejándose y se desplomó en el sofá.

No era una despedida. Nunca lo sería.